

NO SE RESIGNA AL OSTRACISMO

# GEORGES POMPIDOU

EL ANTIGUO  
DELFIN  
ES AHORA  
UN HOMBRE MOLESTO  
PARA  
EL GENERAL



«No es un misterio para nadie que si hubiese unas elecciones yo sería candidato», dijo Georges Pompidou en Roma. En París estalló la tormenta. El ex delfin gaullista no se resigna al ostracismo, y ha tomado al parecer de forma muy distinta a como De Gaulle quería, la frase del presidente: «Deseo que esté siempre preparado para cumplir cualquier mandato que pueda confiarle un día la nación».

**E**N la mañana del 18 de enero, el teléfono no dejó de sonar en el despacho que ocupa en el palacio del Eliseo el señor Bernard Tricot, secretario general en la presidencia de la República. Es a él a quien se dirigen los editorialistas de los grandes

periódicos cuando desean conocer la reacción del General De Gaulle ante un determinado acontecimiento. Tricot se muestra a menudo evasivo, pero rara vez trata de engañar a sus interlocutores. Por eso es a él a quien más caso se hace. ▶

# GEORGES POMPIDOU

Aquella mañana, todos le hicieron la misma pregunta. Una pregunta que se refiere a la declaración hecha por Pompidou el día anterior en Roma: «¿Pompidou ha contado con el General a la hora de hablar de su candidatura a la presidencia de la República?». La respuesta es relativamente precisa: «No me ha sorprendido. Esperaba semejante iniciativa. Pero, la verdad, no creía que Pompidou la tomase con acasión de su viaje a Italia».

## La «sorpresa» del delfín

Lós periodistas, por supuesto, no van a citar esta declaración. Es regla de juego, y han de respetarla. Pero se dan cuenta de lo que ha querido «revelar» Tricot. Seguramente el presidente de la República animó a Pompidou en el curso de su larga entrevista del 9 de enero y el ex primer ministro ha decidido aprovechar la buena disposición del General por temor a que cambie de opinión. A partir de ahora los datos de la situación política francesa quedan modificados. El problema de la sucesión parece resuelto. No habrá, tras la muerte o la eventual retirada del General (Georges Pompidou dijo que para suceder a De Gaulle era imprescindible que éste «abandonase la presidencia») más que un solo candidato autorizado como gaullista. De este modo quedan frustradas las esperanzas de Giscard d'Estaing, de Edgar Faure y, claro está, de Couve de Murville.

El séquito de este último reacciona un tanto vigorosamente. «Tengan cuidado —se dice a los periodistas que han acudido en busca de noticias al Hôtel-Matignon—, no es cierto que el General haya dado "luz verde" a Pompidou. Este nos tiene ya acostumbrados a sus habituales operaciones de forcing». Comentarios que moderan un poco los comentarios de la prensa. Se sigue hablando del giro habido, pero muchos se preguntan si de verdad se ha deshecho totalmente el equívoco.

Pasan cuatro días durante los cuales se sigue epilogando sobre las auténticas intenciones del presidente de la República. Más astuto que nunca, Pompidou asegura estar sorprendido por el escándalo provocado por sus declaraciones. ¿No era natural? ¿Es que alguna vez se interpretó de otro modo la famosa frase del General: «Deseo que esté siempre preparado para cumplir cualquier mandato que pueda confiarse un día la nación»? Por otra parte, Pompidou no tiene ninguna prisa: no espera en absoluto que De Gaulle deje el poder en un próximo futuro. Por lo menos, no hay

nada que le permita esta suposición. Sencillamente ha dicho en voz alta lo que todo el mundo llevaba ya meses repitiendo en voz baja.

## No quería permanecer olvidado

Comienzan a correr rumores en el sentido de que el General está simplemente furioso por la salida de tono de su ex primer ministro. Tricot no se atreve a hacer más confidencias. ¿Había querido solamente dar la impresión de que estaba al corriente de lo que había pasado en el curso de la conversación del 9 de enero? ¿Se da cuenta de que, como siempre que se trata de secretos del General De Gaulle, es mejor confesar ignorancia que fingir que se está al corriente?

El miércoles, a primera hora de la tarde, estalla la «contrabombas». «En el cumplimiento de la tarea nacional que me incumbe —declara el General delante de sus ministros— fui reelegido presidente de la República por un plazo de siete años por el pueblo francés. Tengo el deber y la intención de cumplir el mandato hasta su término». Hasta entonces, pues, ni siquiera se plantea el problema de discutir de la sucesión y de designar a un delfín.

Para comprender el alcance de esta desautorización hay que tener en cuenta que De Gaulle se ha visto constantemente obligado, desde hace seis meses, a tener consideraciones con Georges Pompidou. La decisión del General de separarle del gobierno chocó a la gran mayoría de los cuadros gaullistas. Para éstos, Pompidou no ha dejado nunca de ser el número dos del régimen y, consecuentemente, el auténtico delfín. El General, que conoce perfectamente estas reacciones, ha tratado, como es costumbre en él, de adormecer a su gente. El ex primer ministro ha sido tratado con extrema consideración. No se le ha cerrado ninguna puerta, no se le ha quitado ninguna esperanza. Todo esto le ha obligado, a su vez, a demostrar una perfecta lealtad. Si se quiere conseguir un día la bendición del General De Gaulle no hay que criticar su gobierno.

Sin embargo, cada vez era más evidente que lo que quería el General no era sino ganar tiempo. «Otros seis meses —decía la víspera del viaje de Roma el director de un gran periódico vespertino— y se habrá olvidado a Georges Pompidou». Este temía que tal cosa llegase a ocurrir. Por eso ha querido imponerse de nuevo a la opinión pública. Sabía que a De Gaulle le molestaría su gesto. Pero creía que el General, pri-

sionero de sus declaraciones anteriores, no podría desautorizarlo. No era sino olvidar que su iniciativa minaría no sólo la posición de Couve de Murville sino también la del General, que aparecía como un «rey a la espera».

## «Yo sería candidato»

El séquito del ex primer ministro trata ahora de minimizar el incidente. «Después de todo —dicen sus amigos— fueron los periodistas los que formularon la famosa pregunta sobre la eventual candidatura a la presidencia de la República. Por sí solo, Georges Pompidou no hubiese nunca hablado del asunto». Esto es sólo una verdad a medias.

El 17 de enero, Pompidou convocó en el «Grand Hôtel» a los periodistas franceses destacados en Roma. En este viejo hotel, recientemente modernizado, situado cerca de la Piazza dell'Esedra, se presentan en el mismo momento las últimas modas masculinas. Pompidou recibe a los periodistas en un saloncito. Se muestra amable, sonriente, pero inesperadamente «la toma» con los corresponsales de la A. F. P.: «Ustedes han contado que yo estaba en Roma de compras. No estoy aquí para eso. He celebrado conversaciones con una serie de políticos



Couve de Murville, ahora primer ministro, es el más directamente afectado por las declaraciones de Pompidou. «No es cierto que el General haya dado "luz verde" a Pompidou», dicen sus seguidores.



«Otros seis meses y se habrá olvidado a Georges Pompidou». Pero este no está dispuesto a ello. Hay que mantenerse siempre en candelero ante la opinión pública. El olvido sería la muerte política, y el hombre lanzado por el gaullismo lo sabe muy bien, como también sabía que a De Gaulle le desagradaría su gesto. Hoy, Pompidou se ha convertido en un hombre molesto para el General.



italianos, conversaciones que tendrán, espero, consecuencias favorables». A los periodistas les habían dicho en la embajada de Francia que no había que conceder una importancia excesiva a estas visitas protocolarias. A Pompidou no se le había encomendado ninguna misión particular. No hacía, según ellos, sino tomar contactos.

Ahora bien, Pompidou se muestra insistente sobre el alcance de sus conversaciones. En Roma se entrevistó sucesivamente con el presidente de la República, Saragat; el primer ministro Rumor, el ministro de Asuntos Exteriores, Nenni y el dirigente demócrata-cristiano, Fanfani. Con todos ellos ha hablado menos del pasado que del futuro. Y quedó contento de sus entrevistas. Está convencido de la posibilidad y necesidad de un acercamiento de puntos de vista. Poco a poco, el ex primer ministro da la sensación de comportarse como un futuro jefe de Estado que actualiza sus archivos y sienta las bases de su futura política. La pregunta de labios de Robert Mengin, director de la oficina romana de la A.F.P., es, pues, consecuente y natural: «Da la impresión que sus viajes tienen como objetivo tratar con las dife-

rentes personalidades con las que estaría relacionado de ser llamado a desempeñar más altas funciones».

Georges Pompidou sonríe. Es la pregunta que esperaba y su respuesta es rápida: «No es un misterio para nadie que, si hubiese unas elecciones yo sería candidato».

Los periodistas transmiten la noticia a París inmediatamente; luego se preocupan de lo que Pompidou les haya podido decir a sus interlocutores italianos. Todos parecen encantados de haber descubierto a un gaullista tan «razonable». Ciertamente, Pompidou no ha desaprobado en ningún momento la política del General: la ha explicado e incluso justificado. Pero cada vez que ha hablado del futuro —y parece que es de lo que más ha hablado— ha mostrado particular comprensión en todo lo referente a Europa y a la solidaridad occidental. Con razón o sin ella, los políticos italianos piensan que la llegada al poder de Pompidou comportaría una clara inflexión de la política exterior francesa.

La noticia de las declaraciones ha llegado inmediatamente a oídos del General y ha contribuido a aumentar su irritación.

Su comportamiento frente al ex primer ministro está dominado por dos ideas fundamentales: 1) un hombre que debe todo a De Gaulle está jugando ahora su propio juego y, en caso de crisis, está dispuesto a relevarle; 2) si Pompidou ocupase el puesto de De Gaulle, no tardaría en abandonar una serie de objetivos que el General ha considerados siempre fundamentales.

### Un hombre molesto

El primer motivo de queja es anterior a los acontecimientos de la primavera, pero tomó forma definitiva el 29 de mayo de 1968, cuando el General decidió bruscamente abandonar el Elíseo y trasladarse a Baden-Baden, primero, y después a Colombey. Georges Pompidou, como los demás ministros, ignoraba el destino de aquel viaje. Pensó que De Gaulle acababa de «estallar» y estaba decidido a pelear. Preparó rápidamente un «mensaje de primer ministro a la nación francesa». A media tarde, cuando supo que el General había llegado a Colombey, ordenó que no se difundiera. El General no le ha perdonado ni le perdonará nunca esta iniciativa.

El segundo motivo no se refiere sólo a asuntos internacionales. Georges Pompidou apareció en las elecciones de junio, como el auténtico jefe del partido conservador. Todos los que sufrieron un susto con la nueva «revolución parisina» vieron en él a un salvador. No comprenden que el gobierno haga concesiones a las ideas de mayo. La reforma de Edgar Faure, que ha encontrado mucha comprensión entre los grandes patronos, sorprende a esa facción de la pequeña burguesía y al mundo campesino situados tradicionalmente en la derecha. Estos medios no tienen confianza en el nuevo equipo gubernamental. Desean la vuelta de Pompidou. Este no aprueba abiertamente tales reacciones, pero no hace nada en contra.

Por esas dos razones esenciales, Georges Pompidou es, para De Gaulle, un hombre cada vez más molesto. Sin embargo, el ex primer ministro sigue teniendo demasiado peso en el seno de la U.D.R. como para que pueda desembarazarse de él tranquilamente. De Gaulle confiaba en el tiempo, es decir, en el olvido y el silencio. Este silencio que Pompidou tenía especial interés en romper... ■ RENE DELISLE.